

POR QUÉ DISCUTIR SOBRE LA ECONOMÍA DE PLANIFICACIÓN CENTRALIZADA A TREINTA AÑOS DE LA DISOLUCIÓN DE LA URSS

“Yo entiendo que pedirle a un comunista que entienda datos económicos es como pedirle a un neandertal que entienda Internet”, le decía en 2022 la alcaldesa de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, a una diputada izquierdista del partido *Unidas Podemos*. Respondiendo a una crítica hecha por la bancada opositora, la representante del ejecutivo de la capital española se mostraba desafiante: “Mire, yo no sé cómo va a impedir que yo gobierne en libertad, a lo mejor quemando calles y demostrando que son la izquierda más antidemocrática y antirreaccionaria de Europa”.

Pasa en Europa, pasa en Estados Unidos y pasa en Argentina: la derecha ha tomado la iniciativa. Y no de cualquier manera, confiados en que están ganando lo que definen como batalla cultural, provocan, agreden y avanzan sobre terrenos de la discusión pública que hasta hace décadas eran dominados por los progresismos o la izquierda. Ser comunistas o de izquierda ha pasado a ser utilizado como un insulto, una descalificación.

El presidente argentino, Javier Milei, es quizás uno de los mayores exponentes de esta nueva derecha, al menos en términos de la atención que genera en el mundo, y los “zurdos” son su blanco favorito. Efectivamente, el mediático argentino viene llevando adelante desde hace años una campaña que tiene a la “izquierda” (entendida en un sentido amplio) como su principal enemigo. En redes sociales como X, pueden leerse desde intervenciones más o menos livianas como la siguiente: “¿así que el comunismo da una vida digna? Revisá la historia y después hablá” hasta comentarios de difícil reproducción, como “el zurdo es un pedazo de mierda que justifica el robo al exitoso para ocultar su fracaso personal”.

En resumidas cuentas, la nueva derecha se siente confiada y tiene razón. Ha logrado captar mejor las enormes insatisfacciones populares con el sistema democrático liberal. El progresismo y la izquierda, por el contrario, se han vuelto defensores de un *statu quo* que ya no funciona. Y en parte ello tiene cierta lógica. El liberalismo, el viejo y el actual, reivindica una idea de libertad que se construye en contraposición al Estado, y desde la caída de la URSS que la izquierda (en un sentido amplísimo) no tiene un horizonte alternativo que ofrecerle al electorado o a la sociedad de conjunto. Es un juego curioso, la izquierda (otra vez, en un sentido amplio) se encuentra a la defensiva, sosteniendo viejas conquistas de un Estado de bienestar que se consolidó como alternativa a ese comunismo que hoy no existe más, y que no ofrece nada (o muy poco) de lo que ofrecía hasta la década del 80 (y de ahí la insatisfacción), y la derecha, que ha venido desde hace décadas erosionando ese mismo Estado de bienestar, siendo en gran medida responsable de esta nueva insatisfacción, sigue atacando la figura del Estado mientras se ocupa de que ese Estado no tenga las herramientas para hacer bien nada de lo que debería.

Una de las novedades, a nuestro modo de ver, de estos últimos años, es que la derecha (término sobre el que profundizaremos, un poco, más adelante) se ha propuesto, además de destruir al Estado, como lo viene haciendo, dar “la batalla cultural”. En palabras de

Agustín Laje, uno de los referentes, *influencers*, más importantes de una nueva derecha en América Latina (y en parte en España), autor de libros como *Generación idiota*, *El libro negro de la nueva izquierda* o *La batalla cultural*:

¿Por qué la derecha tiene que dar una batalla cultural? Porque la cultura se ha vuelto muy aburrida y está totalmente dominada por la izquierda. Es muy aburrido cuando en la cultura no hay debate y hoy no lo hay: lo han censurado con ese latiguillo, ese eslogan que ahora utilizan, que es el discurso de odio, que no es ni más ni menos que una vieja palabra que uno decía antes como herejía.

Entonces, cuando todo lo que la derecha dice es discurso de odio y cuando todo lo que la izquierda dice es discurso de amor, la cultura se vuelve muy aburrida. Además, la derecha debería dar una batalla cultural porque la cultura es estructurante de la vida social y política. La cultura hoy está politizada porque se ha entendido que la cultura es un factor de poder. Nunca hemos vivido en un mundo tan abarrotado de cultura como hoy, ¡nunca!¹

El asunto no es solo hacer las reformas, sino construir nuevas mayorías. Y, en este punto, la discusión sobre los sentidos, las intervenciones en redes sociales y la influencia sobre el interés juvenil parecen claves.

Este libro es un intento por participar de esa batalla cultural en dos sentidos distintos. En primer lugar, del modo más provocativo que podemos, esto es, reivindicando los resultados económicos de la experiencia económica estatal más importante que tenemos: la Unión Soviética. En segundo, y en menor medida, mostrando que las

¹ Entrevista concedida al periódico *Infobae*, el 11 de mayo de 2022. Véase <https://www.infobae.com/leamos/2022/05/11/agustin-laje-la-cultura-se-ha-vuelto-muy-aburrida-y-esta-totalmente-dominada-por-la-izquierda/>

más exitosas experiencias de desarrollo capitalista de la historia son inentendibles sin la planificación estatal, e intentando mostrar, en consecuencia, que la nueva derecha o el pensamiento libertario están más cerca de ser una especie de terraplanismo que una ideología que pueda tener alguna seriedad en términos históricos. Por supuesto que, dentro de este segundo punto, deberemos también hacer algún breve comentario sobre la Argentina y el peronismo.

Es importante aclararlo y lo volveremos a hacer todo lo que podamos, todo lo anterior no significa, bajo ningún punto de vista, que este libro sea una reivindicación de la experiencia soviética de conjunto. Más precisamente, no es este libro una apología del centralismo democrático, de la censura, del control policíaco de los procesos de trabajo, de la represión política o el asesinato de las disidencias, y mucho menos de los gulags. Lo estrictamente cierto es que tampoco es un libro que siquiera vaya a abordar esos asuntos, los cuales, por otra parte, ya han sido profusamente revisados y debatidos en otros lados. Es un libro que discute a la URSS en su dimensión económica, más específicamente, que busca aportar (o releer) nuevos y viejos datos sobre los resultados económicos de la planificación centralizada.

Ahora bien, siendo un libro que plantea críticas a esa economía planificada (críticas severas y decisivas que, incluso, pueden tener algo de novedoso en la forma de interpretar el cruce entre planificación económica, ideología y cultura en la URSS), es un libro que las realiza reivindicando siempre la necesidad de pensar un horizonte civilizatorio alternativo al individualismo capitalista.

Pero vayamos por partes. Antes de avanzar, digamos algo más sobre esta nueva derecha. En su discurso de asunción a la presidencia de los Estados Unidos, en enero de 1981, Ronald Reagan inauguraba una nueva etapa cuando señalaba con perfecta precisión: "... en esta crisis actual, el gobierno no es la solución a nuestro problema; el gobierno es el problema". Las décadas de los 80 y los 90 del siglo pasado serán efectivamente momentos de una profunda redefinición del rol del Estado en la economía. El propio Ronald Reagan reduciría, por

ejemplo, el impuesto a las ganancias de las empresas, que pasaría del 46 por ciento al 34 por ciento, y la tasa marginal del impuesto a los ingresos, que pasaría del 50 al 28 por ciento. Son años de fuertes procesos de privatización de empresas públicas, tanto en países centrales, como el Reino Unido, que vendería su línea aérea de bandera, su empresa de gas y las eléctricas, como en países de la periferia, como los latinoamericanos, en los que venderíamos casi todo lo que había por vender.

El consenso en torno a la intervención estatal había comenzado un tiempo antes. La llamada crisis de estanflación de los 70 en los países desarrollados, sobre todo en los Estados Unidos, había roto la hegemonía que hasta ese momento detentaba el pensamiento keynesiano en el plano económico. Recesión con inflación eran fenómenos que hasta ese momento no se producían al mismo tiempo (al menos no en los países desarrollados) y su coexistencia fue atribuida a la mala praxis gubernamental, particularmente a una excesiva regulación, a los impuestos y al gasto público. Sintomática de este cambio de época es la entrega del premio Nobel de Economía a Friedrich Hayek en 1974, un año después de la crisis de 1973. Hayek, liberal, proveniente de la famosa escuela austríaca, venía sosteniendo desde hacía más de treinta años una pelea, bastante en solitario, contra el consenso keynesiano reinante tras la crisis del 30 y, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial. Es interesante lo del premio a Hayek porque una parte importante de sus escritos, quizás la más importante, no está relacionada estrictamente con la economía sino con lo que podríamos ubicar bajo el título de filosofía política. Efectivamente, en sus libros más conocidos, como *Camino de servidumbre* (1944) o *En defensa de la libertad* (1960), las cuestiones estrictamente económicas aparecen casi como una cuestión secundaria al problema fundamental de la libertad. Libertad que en el autor es “individual, abstracta y negativa” (Estévez, 2009, p. 72). En sus propias palabras: “... el concepto de libertad es negativo. Lo que se llama libertad positiva, que permite a algunos gozar el derecho para hacer cosas especiales, es

irreconciliable con la idea de igualdad ante la ley” (Hayek, 2000, p. 48). Por definición, casi cualquier intervención del Estado es nociva.

Frases como “es indudable que el ser libre puede significar libertad para morir de hambre” pueden entenderse en la medida en que se comprenda que todo su pensamiento es una derivación de la defensa de dicho concepto de libertad. En línea con lo anterior, tampoco debería estar entre las funciones del Estado el garantizar el bienestar, condiciones mínimas de salud, ni educación, ni nada parecido. “La libertad se concede a los individuos no en razón de que les proporcione mayor bienestar, sino porque el término medio de ellos servirá al resto de nosotros mejor que si cumpliera cualquier clase de órdenes que supiéramos darle” (Hayek, 1960, p. 29).

La frase “el gobierno no es la solución, es parte del problema” es entonces la síntesis de un cambio de época que se inicia en los 70 y 80 del siglo pasado, tiene sus raíces profundas al menos treinta años antes, y continúa hasta nuestros días. Continúa hasta nuestros días, pero con varios cambios. Como señala Pablo Stefanoni en su libro *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, asistimos a la emergencia de un movimiento político que, si bien se construye en gran medida sobre la base de una crítica al Estado, que recoge mucho de las tradiciones liberales y neoliberales (y particularmente de la escuela austríaca de pensamiento económico), tiene varias novedades.

En primer lugar, aunque sin límites precisos y definidos, es un movimiento, una identidad, alimentada en gran medida por jóvenes que ven que el sistema político actual no los incluye de ninguna manera (Mateo, 2017). En segundo lugar, y en parte por el rol de estos mismos jóvenes, es una identidad política que se alimenta y que se construye, en gran medida, en las redes sociales y a partir del uso de nuevas tecnologías. Hay nuevas estrategias de creación de contenido, de focalización y segmentación de los públicos a los que van dirigidos los mensajes y, sobre todo, lógicas de interacción que cambian completamente los modos en que los mensajes y el contenido se vuelven masivos. En su reporte sobre noticias digitales de 2023, elaborado de

manera conjunta por la agencia Reuters y la Universidad británica de Oxford, Nic Newman decía que “cuando se trata de noticias, el público dice que presta más atención a las celebridades, personas influyentes y personalidades de las redes sociales que a los periodistas en redes como TikTok, Instagram y Snapchat”². Y acá es donde aparece entonces, otra vez, el tema de la “batalla cultural”.

Esta identidad entonces, que podemos rotular como nueva derecha, derecha alternativa (como se la define en Estados Unidos) o libertarismo (que no es estrictamente lo mismo, pero que se le parece bastante), recoge gran parte de las viejas tradiciones liberales, se nutre de ellas para su diagnóstico y sus recomendaciones de política, pero tiene nuevas formas, objetivos y, sobre todo, un nuevo lenguaje que interpela de una manera novedosa a una parte importante de la sociedad, disconforme con lo que tienen para ofrecer actualmente las democracias liberales.

Como decíamos anteriormente, pese a todas estas novedades, hay un enemigo común entre el viejo y el nuevo liberalismo: el Estado. En un marco de transformación de los formatos del debate, ahora toda intervención del Estado aparece como sinónimo de comunismo, y este último como sinónimo de fracaso. No es ya solo un asunto económico: en su texto *El libro negro de la nueva izquierda*, Laje y Márquez nos hablan de *comunismo de género* para referirse a las discusiones feministas. Pero siempre está el Estado ahí como enemigo; el Estado que regula la economía o que regula la educación sexual. El presidente argentino, Javier Milei, nos dice en un tuit del 21 de abril de 2017: “Si la presencia del Estado es virtuosa para el bienestar hagamos que sea el 100%. Ah! Eso existió, se llamó comunismo y fue un fracaso total”. Para Milei, hasta el papa Francisco es comunista. Claro que Milei no es el primero en utilizar la palabra *comunismo* como insulto aplicable casi a cualquier cosa. Trump y Bolsonaro han sido bastante innovadores, no en su macartismo, pero sí en la liviandad y

² Véase <https://reutersinstitute.politics.ox.ac.uk/digital-news-report/2023/dnr-executive-summary>

la violencia con la que comenzaron a utilizar el término. En su campaña presidencial de 2022, Bolsonaro llegó a defender la idea de que el pueblo se defiende hasta con las armas de la amenaza “comunista” de Lula. Como veíamos al principio de este apartado, al otro lado del océano, la alcaldesa madrileña también utiliza el término *comunista* de manera despectiva para referirse a sus opositores en el poder legislativo.

Decíamos, para finalizar esta introducción, que este libro es un intento de participar de esta batalla cultural de un modo provocador: recuperando los logros materiales de la experiencia económica soviética. Vamos a revisar la historia sobre la economía de planificación centralizada, sobre la economía en la Unión Soviética, y vamos a intentar decir algo nuevo, o al menos distinto de lo que repasamos recién brevemente. Vamos a describir muy brevemente de qué se trató la economía de planificación centralizada soviética, cómo se comportó en términos de algunos de sus indicadores más relevantes y qué dice la literatura especializada sobre cómo eran las condiciones de vida en la URSS, incluso en la década del 80, antes de las reformas que llevaron a su disolución. Vamos a mostrar que hay pocas cosas más alejadas de la realidad que el término “fracaso” para referirse a los resultados económicos de la economía planificada. Por último, intentando ofrecer una explicación alternativa (a la explicación del fracaso económico) al porqué de su disolución, procuraremos extraer algunas pistas que nos permitan seguir sosteniendo la necesidad de pensar un proyecto civilizatorio distinto sin caer en la melancolía ni pretensiones de asuntos que no funcionaron y que no queremos reivindicar.

Hay una muy famosa frase del historiador Eric Hobsbawm que no por conocida se vuelve redundante, obvia o poco necesaria. En su libro *Ecos de la Marsellesa*, Hobsbawm nos dice que “inevitablemente, todos nosotros formulamos por escrito la historia de nuestro tiempo cuando volvemos la vista hacia el pasado y, en cierta medida, luchamos en las batallas de hoy con trajes de la época” (Hobsbawm,

1990, p. 15). Salvando las infranqueables distancias que nos separan del enorme historiador, la idea de estas páginas es retomar la URSS para polemizar sobre el presente; es discutir la economía de planificación centralizada soviética para dar un debate sumamente actual sobre el rol del Estado y la planificación económica hoy. Por eso es que los últimos capítulos del libro están dedicados no solo a mostrar que la disolución de la URSS tuvo poco que ver con alguna crisis económica terminal, sino a presentar experiencias exitosas de planificación económica en la actualidad. También es por eso que en muchos pasajes de este libro utilizamos las afirmaciones del presidente argentino Javier Milei para ponerlas como ejemplo de las posiciones libertarias o de la nueva derecha con las que intentaremos polemizar. Porque este es un libro que pretende intervenir en la batalla cultural de la que hablábamos, pero está escrito en la Argentina. Y porque el presidente argentino, como hemos dicho, parece ser (por su excentricidad, por su violencia), al menos mientras se escribe este libro, uno de los dirigentes más populares de esta nueva derecha³.

Por último, entonces, podemos decir que el liberalismo ha logrado instalar con éxito la idea de que la historia ha demostrado que la economía de planificación centralizada ha sido un fracaso. Dirigentes, intelectuales, periodistas y medios de comunicación repiten, desde hace treinta años, de distintas maneras y en distintos tonos, un mismo mensaje: la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) es la prueba irrefutable de que un proyecto civilizatorio alternativo al capitalismo, que ponga la planificación econó-

³ Como indicativo de lo anterior, mientras escribimos estas páginas consultamos en el buscador Google (el más utilizado en el mundo) por el interés que despertó Javier Milei entre mayo de 2023 y mayo de 2024 entre los usuarios de dicho motor de búsqueda. Pedimos un reporte que compare al *influencer* argentino con otros/as líderes de derecha (y no tanto) en el mundo. Más específicamente, consultamos sobre el interés que despertaron 5 dirigentes a lo largo de un año en cinco países distintos: Javier Milei, Joe Biden, Georgia Meloni, Olaf Scholz y Emmanuel Macron, en Argentina, Alemania, España, Estados Unidos, Francia e Italia. Javier Milei era, por lejos, el dirigente que mayor interés despertó a lo largo del año, cuando se excluía del análisis al presidente/a o primer ministro/a de cada uno de los países en cuestión. La búsqueda puede consultarse aquí: <https://acortar.link/P5ujck>

mica por encima del incentivo individual como motor del desarrollo, estaba condenado desde su origen. Nosotros aquí queremos mostrar no solo que esto no fue así, sino que no hubo una mayor máquina de reducción de la pobreza en el siglo XX que la experiencia soviética. Y queremos, lejos de reivindicar melancólicamente dicha experiencia de conjunto, ofrecer una explicación alternativa al porqué de su disolución para que nos ofrezca pistas sobre cómo pensar lo colectivo hacia el futuro. En el medio también quisiéramos mostrar que la nueva derecha, el libertarianismo, o como lo llamemos, no solo se equivoca cuando habla de comunismo, sino que también lo hace a la hora de comprender aquello que dice promover: el propio capitalismo.

¿QUÉ FUE LA ECONOMÍA DE PLANIFICACIÓN CENTRALIZADA?

Nos gustaría empezar la revisión de lo que fue la economía de planificación centralizada por un tema que me parece nodal y de manera contundente. A la nueva (y vieja) derecha le gusta decir que el comunismo es una “fábrica de pobreza”. Lo repiten siempre y de distinto modo. Veamos si es cierto. ¿Cómo les fue a los países comunistas en el combate contra la pobreza? ¿Cuántos países eran pobres antes de 1917, antes del triunfo del partido bolchevique en Rusia? ¿Cómo estaba Rusia en ese sentido? ¿Cómo le fue y cómo le fue en comparación con ese otro conjunto de países pobres?

Antes de comenzar a responder estas preguntas, digamos algo de los datos que vamos a utilizar. La fuente con la que vamos a comenzar a trabajar es el apéndice estadístico de un trabajo reciente de Max Roser y Joe Hasell (2021), investigadores de la Universidad de Oxford, de Reino Unido. Dicho trabajo presenta justamente un análisis de producto bruto per cápita, ingresos, pobreza y distribución del in-

greso en el largo (¿larguísimo?) plazo para un conjunto de países y regiones del mundo en los últimos 200 años⁴.

En estos datos, se considera pobre a toda persona que perciba un ingreso menor a los 5 dólares estadounidenses a paridad de poder de poder compra de 2011. ¿Qué quiere decir paridad de poder de compra? Que el indicador, teóricamente, mide cuánto dinero se necesita en los distintos países puestos a consideración para adquirir una canasta equivalente de bienes y servicios. De este modo, el indicador tiene el beneficio de que nos permite realizar una comparación entre países e intemporal. Este asunto es muy significativo, dado que es un error muy común el ver comparaciones de pobreza donde se toman mediciones nacionales que están hechas sobre accesos al consumo de canastas de bienes y servicios totalmente disímiles entre sí. No es este el caso.

El indicador de 5 dólares supone una canasta superior a la de extrema pobreza con la que usualmente trabajan organismos multilaterales como los del Banco Mundial (que miden extrema pobreza en 1,9 dólares de 2011 por persona) que difunden datos de este estilo.

⁴ Link a la publicación: <https://www.mdpi.com/books/pdfview/edition/1404>